

peñarse en el combate; pero este grita, gestícula, se agita, amenaza, y se conduce de tal modo, que les decide á matarse recíprocamente.

Abandonándose entretanto Mesalina á la prostitucion más descarada sin hartarse nunca, se entregaba en los lupanares á innobles excesos. Hasta la acontece ordenar á sus amantes por decreto del emperador, que la den gusto. Va á buscar con gran séquito las impúdicas caricias de un tal Silio; y sonriendo su imaginacion desbordada con la idea de lograr un segundo marido, celebra con este jóven solemnes nupcias; allí lo hay todo, testigos, dote, auspicios, sacrificios, y el tálamo nupcial está preparado á la vista del público. Ha firmado el mismo Claudio el contrato de matrimonio con el pensamiento de que es un talisman destinado á desvanecer ciertos sortilegios de los caldeos. Pero cuando le instruyen de la verdad sus libertos y cortesanas, cae en abatimiento y pregunta si es todavía emperador ó le ha sucedido el jóven Silio. Despues se encoleriza y se deja persuadir á fin de conjurar el peligro cuando se le presentan como inminente, para ceder por un dia el mando á Narciso. Este le conduce á Roma, donde los soldados piden venganza, no porque se cuiden de la honra del emperador, sino por sacar de allí provecho. Entonces se multiplican los suplicios y hasta Mesalina es condenada á muerte.

Luego que supo Claudio que ya no vivía, ni aún siquiera se informó de cómo había muerto; y algunos dias despues y en el momento de sentarse á la mesa, preguntaba: *¿Como es que no viene Mesalina?*

A la sazón resolvió casarse con su sobrina Agripina, y como á los ojos de la ley era incestuoso aquel enlace, no sólo declararon el Senado y el pueblo que era lícito al emperador, sino que se le impusieron por mandato. Agripina, hermana y amante de Calígula, y por la misma razon querida del pueblo, juntaba á las costumbres impúdicas y á la crueldad de Mesalina una voluntad de hierro; así se la vió mostrarse emperatriz muy en breve. Tomaba asiento al lado de César en las públicas ceremonias, recibía en su compañía á los reyes y á los embajadores y administraba justicia. Fueron para ella nuevos motivos de suplicios los encantamientos, los oráculos, los sortilegios, los celos.

Su principal objeto consistía en hacer que sustituyera su propio hijo Lucio Domicio Neron á Británico, hijo de Claudio, de consiguiente comenzó por desterrar á los amigos y parciales de este mancebo, dándole espías por maestros y camaradas; luego hizo cuanto pudo por rebajarle, haciendo brillar á Neron á sus expensas. Por último, aprovechó un momento de debilidad para inducir á Claudio á nombrarle sucesor suyo. Temiendo posteriormente que mudase de consejo, le sirvió setas envenenadas y el médico remató la obra (14 de Octubre de 54). De este modo le envió á los dioses, entre cuyo número le adoró Roma.

Habia reunido al reino del judío Agripa la Judea y la Samaria, y restablecido á Mitridates en el trono de Iberia. Concedió á otro Mitridates, descendiente del rey de Ponto, el Bósforo Cimeriano y restituyó á Antiocho la Comagena. Quedó sometida la Mauritania en el curso de su reinado y dividida en dos provincias, la Cesariana y la Tingitania; la Bretaña, ó mejor dicho, una pequeña parte de este país, fué desarmada y reducida á provincia.

CAPITULO III.

Jesucristo.

Desde el instante en que Neron prendió fuego á Roma á fin de proporcionarse el espectáculo de una ciudad incendiada, no hubo ya sacrificios para los dioses, ni órdenes para los magistrados, ni profusion de dinero, ni promesas de reconstrucción más magníficas, que pudieran libertarle del resentimiento del pueblo, persuadido de que el emperador era el incendiario. Aterrorizado por aquel sordo estremecimiento, que le infundía más miedo que todas las representaciones del Senado, imaginó dar una satisfacción bárbara á la muchedumbre, designándola como autores del incendio á una secta nueva de filósofos llamados cristianos por un Cristo condenado á muerte en tiempo de Tiberio, secta que desaprobaba la repugnante corrupción del siglo y sus innobles vilezas, y que, no viendo en los romanos una raza de naturaleza superior á las de las demás naciones, ni tampoco el derecho en virtud del cual oprimía á todas, se hacia odiosa á aquellos tiranos del mundo.

Sobre estos hombres descargó la venganza de los romanos, á quienes el odio enseñó á conocer una religion llamada á reunir por el amor á todos los pueblos. Persiguiéronles con encono, haciéndoles padecer los más atroces suplicios, y uniendo á la crueldad el insulto, á imitacion de su soberano, respecto de los patricios. Estos, envueltos en pieles de animales, eran abandonados á los perros; aquellos á las fieras en medio del circo; á otros se les quemaba vivos, y en los jardines voluptuosos de Neron servían de antorchas sus incenciados-cuerpos; cabalmente sobre la colina del Vaticano, donde la religion, naciente entonces, debía enarbolar despues su victorioso estandarte.

Aquellos tiempos anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nacion por Dios escogida, habían al fin llegado. En todo el Oriente cundía el rumor de que un hombre destinado al imperio universal, apareceria en Judea. Habíanse cumplido las setenta semanas enumeradas por Daniel tantos siglos antes; se había arrancado á la raza de Judá el cetro, y aguardaban los hebreos al Salvador prometido. En su celo por su nacionalidad ultrajada, imaginaban verle llegar como conquistador para quebrantar las cadenas de su pueblo, y hacer resplandecer sobre él nuevamente la gloria de David y de Salomon.

Pero los profetas habían aludido á otras cadenas, á otras conquistas, á otra gloria, cosas todas que eran incapaces de comprender espíritus preocupados de ideas materiales. Sólo una iluminación suprema podía hacerle descubrir el regeneramiento, no de una sola nacion, sino de la humanidad toda, rescatada, no de una servidumbre temporal, sino de la esclavitud original que, suscitando un conflicto entre la razon, la inteligencia y la voluntad, había excluido al hombre de la mansion á que deben propender todos sus esfuerzos.

Luego que Augusto hubo pacificado, ó mas bien calmado el mundo á la sazón conocido, reuniéndolo en un vasto conjunto, quiso saber cuánta poblacion obedecía sus leyes, y mandó que se hiciera un general empadronamiento. María, doncella judía, de la raza de David, si bien pobre, casada con Josef, artesano de Galilea, se encaminó, para que fuera inscrito su nombre, á Belem, poblacion situada en las mon-

tañas de Galilea, de donde eran oriundos sus padres: allí dió á luz en un establo á la segunda persona de la Trinidad divina, Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Sencillos pastores, que por la suave temperatura de Diciembre apacentaban sus rebaños en las laderas de los montes, acudieron, á invitacion de un ángel, á adorar los primeros al Salvador del mundo. Al mismo tiempo lo anunciaba una estrella á los magos de Persia, ó mas bien de la Arabia, que también fueron los primeros entre los gentiles que corrieron desde Oriente á rendirle homenaje. Herodes, á quien preguntaron el lugar donde había nacido el nuevo rey de Judea, concibió recelos, y á fin de exterminar á aquel de quien le habían hablado, mandó degollar á todos los niños de ménos de dos años. Por aviso de un ángel fué llevado Jesús á Egipto: luego que Arquelao ascendió al trono, tornó á Galilea y vivió en Nazareth, en una oscuridad laboriosa. A veces se dirigía al templo, donde se celebraban las asambleas (*endgah*) hebdomedarias ó mensuales, en que comunmente discutían las gentes del pueblo, y los sabios (*nabim*) predicaban sobre la doctrina. A la edad de doce años asistía á todos el derecho de exponer sus opiniones ó sus dudas: había, no obstante, algunos libros, como los primeros capítulos del Génesis y de Ezequiel, cuyo examen no era lícito sino á una edad más madura, y sólo á los treinta años se consideraba que había llegado el hombre á la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

A esta edad empieza Cristo su mision, presentándose á Juan, que retirado desde su infancia á Beth-habarat á orillas del Jordan, bautizaba en el agua, anunciando al que bautizaría en el espíritu (25). Decía haber sido enviado para prepararle el camino con una doctrina moral en un todo, que juntando á la pureza de los esenios el fervor de los fariseos, purificaba y elevaba las almas. Despues de haber sido por él bautizado, Cristo se retira al desierto á fin de servir de ejemplo á los hombres venideros, para que, á beneficio de la soledad y de la meditacion se fortifiquen contra las dificultades de su tarea. Luego empieza á predicar, y arrastra en pos de sí algunos pescadores, y á otros hombres de condicion humilde, destinados más tarde á divulgar la palabra. Dice:

«Bienaventurados los pobres de espíritu: bienaventurados los mansos: bienaventurados los que lloran: bienaventurados los que padecen persecuciones: bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos: bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia: bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios: bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.»

«Aprended de mí, que soy humilde y manso, y vuestras almas encontrarán reposo. El que se enfurece contra su hermano merece ser condenado. Si os acaece que al presentar vuestra ofrenda en el altar se hallase irritado contra vosotros vuestro hermano, suspended la ofrenda, é id á reconciliaros con él ante todo. Misericordia quiero y no sacrificio. No jureis; *si ó no*, sea simplemente vuestra palabra.

«Hasta ahora se os ha dicho *ojo por ojo, diente por diente*; yo os digo: si alguno os diere una bofetada presentad la otra mejilla. Hasta ahora se os ha mandado no despedir á vuestra esposa sin declarárselo antes que la repudiáis y por escrito. Yo os digo que el que abandona á su mujer, fuera del caso de infidelidad, y el que se desposa con la que ha sido repudiada, son culpables de adulterio. Se os ha encomendado hasta ahora amar á vuestro hermano y aborrecer á vuestro enemigo; yo os encomiendo perdonar, no siete, sino setenta y siete veces. Amad á vuestro enemigo; haced bien al que os aborrece; orad por el que os persigue, imitando á Dios, que hace resplandecer el sol sobre los buenos y sobre los malos.

«No aguardéis á ser vistos por los demas para hacer justicia. Al contrario, vuestra mano izquierda debe ignorar lo que haga la derecha.

«Para orar retiraos á vuestra morada, y no empleéis muchas palabras á semejanza de los gentiles, que creen ser así oídos; pedid ante todo el reino de Dios, y todas las demas cosas os serán añadidas. No todo el que dice, «¡Señor, Señor!» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.

«Como juzgueis á los demas, así sereis juzgados vosotros; ¿de qué sirve ver una paja en el ojo ajeno y no ver una viga en el ojo propio? Todo lo que queráis que los hombres ha-

gan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas. El que tiene dos túnicas ofrezca una al que no tiene. Todo el que diere de beber por amor mio una gota de agua á un desventurado, en verdad os digo que no perdonará su recompensa. Haced, bien; dad prestado sin esperar por eso nada y vuestro galardón será grande. El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado. No hay cosa fuera del hombre que entrando en él le pueda ensuciar, mas las que salen de él son las que ensucian al hombre.

«Yo os doy un precepto nuevo, y es que os améis unos á otros como yo os he amado. Sereis conocidos por discípulos míos si os amáis recíprocamente. Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. No os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que su señor hace, sino amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi padre. Yo vine á este mundo para dar testimonio de la verdad.

«Y cuando viniere el Hijo del Hombre al fin de los siglos á juzgar á todos, dirá á los que estarán á su derecha: *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y vinisteis á verme; venid ¡oh benditos de mi padre! poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.*»

Con milagros de más bondad que poder confirma esta predicación dulce y afectuosa. Sirven de apoyo á la moral de Jesús el ejemplo y la gracia. Atropéllase la muchedumbre en pos de su huella, y él, lleno de humildad y de mansedumbre, dispensa, según las necesidades, cuanto posee sin tasa. Hablando de perdón y de amor desvanece las dudas; encomienda nuevamente la observancia de la ley de Moisés, aún cuando ve asentada en su cátedra una raza hipócrita y vana; censura á los ministros, pero no abandona el culto; frecuenta el templo, reconoce la sinagoga, y no queriendo destruir, sino cumplir la ley, dice: «Oid los preceptos, no imiteis las obras de aquellos que multiplican las prácticas exteriores y aspiran después al primer puesto, á las consideraciones y al título de maestros. Diezman el eneldo y el comino, y dejan las cosas que son más importantes,

la justicia y la misericordia. ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que imponeis á los hombres cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aún con uno de vuestros dedos tocáis las cargas! ¡Ay de vosotros, que os alzasteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habeis vedado á los demas la entrada.»

Así como en otro tiempo apedreaban los hebreos á los profetas, eran á la sazón los señores de Judá quienes les condenaban á muerte. Habiéndose enamorado Herodes Antipas de su cuñada Herodias, resolvió poseerla repudiando á su primera esposa. Presentóse Juan Bautista á reconvenirle por la violación de la ley, y respondió con el argumento de los que poseen la fuerza, metiéndole preso y otorgando después su cabeza á Salomé, hija de Herodías, porque había bailado bien en su presencia. De este modo fué castigada una ingenuidad virtuosa y se libertó Herodes de un censor severo, cuyos numeros parciales y cuya irrepreensible doctrina le hacían sombra.

Quedaba Jesús que, pudiendo decir sin que nadie le contradijera: *¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?* ofendía la ambición y la hipocresía de los grandes, de los sacerdotes, de los fariseos, del pueblo, apartando de la ley las observancias frívolas, y hablando no solamente á los hebreos, sino á todo el mundo; destruyendo esperanzas hereditarias para elevar los espíritus á un objeto más sublime; enseñando la doctrina más excelsa y más pura que ha oído jamás la tierra. En vez de examinarle, conspiraron los hebreos contra Cristo, unos por religión, otros por política, la mayor parte por envidia y por impostura. Enviaron personas que le tentasen con preguntas capciosas; pero confundiólos Cristo, y sus palabras obtenían creencia, como la de todo el que habla con autoridad.

Hace su entrada en Jerusalem sobre un pollino, según el uso de los jueces, para anunciar que su misión no es una misión de conquista, sino de juicio, de paz, de alianza, de buen consejo. Israel le aclamaba diciendo: *Hosanna, hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor*; pero dentro de pocos días había de gritar el mismo pueblo: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

Era la Pascua la principal solemnidad de

los hebreos; celebrábanla en memoria del día en que Dios les había libertado con poderosa mano el yugo de la servidumbre. Se empezaba la cena, á que se juntaba toda la familia, gustándose una yerba amarga sazonada con vinagre, y sirviéndose un pan duro en memoria de los males padecidos en el cautiverio. Después se manifestaba el júbilo de la independencia con la extremada alegría de un abundante banquete, y el padre de familia partía un pan ázimo que distribuía á los convidados. Escanciábase entonces en los vasos un poco de vino, y el padre de familia bendecía en aquel pan y en aquel vino los bienes físicos y morales asegurados por la ley santa al pueblo elegido. Cristo celebró aquella ceremonia como todas las de la nación judía. Pero después de tomar con sus discípulos su parte del cordero místico, instituyó con aquel pan y con aquel vino el eterno sacramento de la memoria de la transustanciación y de la nueva alianza.

Entretanto una enemistad activa y la hipócrita calumnia maduraban el delito anunciado y deplorado había tantos siglos. Uno de los discípulos de Cristo le entregó á sus perseguidores, otro le negó tres veces; le abandonaron todos, como se descarría un rebaño cuando el pastor es herido. Se le acusó ante los tribunales, donde fué conducido, de blasfemar, de romper á la juventud, y de sublevar á la nación contra la dominación extranjera. Los príncipes de los sacerdotes, es decir, los jefes de cada una de las clases sacerdotales, los ancianos del pueblo y el consejo de los jueces, al cual dejaba la dominación romana suficiente autoridad para cometer el gran desafuero, se congregaron en el salón, donde se celebraba el Sanhedrin, y declararon que Jesús merecía la muerte. Pidieron su condena al gobernador Poncio Pilatos, quien interroga al acusado y dice: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Cristo responde: *Mi reino no es de este mundo: de otro modo mis ministros se opondrían á que fuese entregado á los judíos; pero mi reino no es de aquí ahora.*—*¿Con qué eres rey?* replica Pilatos:—Y Cristo responde:—*Tú lo has dicho, soy rey; y he venido á este mundo para dar testimonio de la verdad, y aquellos que aman la verdad ojen mi voz.*

En un tiempo en que no se sospechaba que

para avasallar al mundo hubiese otros lazos que los de la fuerza ¿qué miedo podía iufundir al procónsul un poder que no era de este mundo, un rey que no tenía mas imperio que el de la verdad, ni otros súbditos que aquellos que la verdad le sometía? Nada había allí de amenazador para la autoridad que representaba, y el acusado no podía ser á sus ojos más que un insensato. Hizo, pues, que le pusieran un pedazo de púrpura, una corona de espinas y una caña por cetro, como á un rey que solo provocaba á risa.

No obstante, el cetro de caña debía quebrar el cetro de hierro de los señores del mundo. Pero Pilatos que no podía estorbarlo, ni preverlo, declara que en los hechos imputados á Jesús no halla culpabilidad alguna. Asediado entonces por los grandes, que insisten en la condena, amenazando acusarle ante Roma; estrechado por las vociferaciones del pueblo, le hace consentir la política en que el Justo sea condenado á muerte. Jesús, víctima de la antigua legalidad, á fin de que sea condenada eternamente es clavado en la cruz, y todo está consumado.

Ninguna religion, ninguna filosofía podía vanagloriarse de poseer un tipo que se aproximase á éste. Casto y puro en sus costumbres, no buscó Jesús riquezas ni honores. Vivió con los pobres y para los pobres; haciendo el bien verificó su tránsito por la tierra; como amigo afectuoso llora la muerte de Lázaro, y deja que Juan se duerma sobre su seno; se muestra lleno de tolerancia con la Cananea, la mujer adúltera y la Magdalena; ama á la patria, sobre la que gime previendo sus desastres. Simple y sencillo como los niños, de quienes anhela verse rodeado, llega su energía hasta el punto de padecer con tranquilidad la muerte. ¡Y qué clase de muerte! En fin, su postrer suspiro es una palabra de misericordia, un perdón á sus asesinos.

¿Qué puede compararle la antigüedad pagana? ¡Sócrates, el más santo de los sabios! ¿Pero qué tiene que ver su filosofía burlona y tímida con la filosofía activa y caritativa de Cristo? Sócrates podía prever que sus continuos ataques á las costumbres, á las doctrinas, á las creencias de su tiempo, le pondrían un día en peligro; y el tábano que se había adherido al

corcel potente y generoso debía esperar ser aplastado de un momento á otro. Adviértese generosidad suma en el modo con que se ofrece á su condena; pero en el instante mismo de su muerte, y á presencia de sus jueces no profesa más que dudas acerca de la inmortalidad del alma. Por eso exclama Rousseau: «Si el fin de Sócrates es el de un justo, el fin de Cristo es el de un dios.»

Apodérase el desaliento de los discípulos de Jesús, quienes juzgan mundanamente las cosas por su éxito inmediato. Se esconden, y viendo su única salvacion en el olvido, lloran á su perdido maestro; pero en breve resucita, segun les había prometido, y tornando á subir al trono de su padre, les envía el Espíritu Divino, que transforma en intrépidos doctores á los tímidos é ignorantes pescadores de Galilea. Revestidos con celeste fuerza obedecen á su maestro, quien les había dicho: *Id y enseñad á todas las naciones*: se derraman por Jerusalem, y anuncian que la ley se ha cumplido, que han cesado las figuras y ha empezado la nueva alianza: explican esta doctrina que debe ser la salvacion del mundo.

Jesús no ha dejado ningun escrito; pero mandó á sus discípulos dar testimonio de lo que habían visto y oído. Recogen, pues, sus palabras y sus actos; y divinamente inspirados escriben esas relaciones que ha adoptado como regla de fé la Iglesia. Tales son los Evangelios de Mateo, de Marcos, de Lucas y Juan, donde se muestra la sublimidad de Dios en la simplicidad del hombre, la divinidad del sentimiento en la sencillez de las expresiones. Eran extremadamente simples los principios sentados por Jesucristo; pero tales que el entendimiento humano no podía abjurar de ellos una vez que los ha comprendido: *Dios es uno; todos los hombres son iguales: amaos unos á otros como os ama vuestro celeste padre, que será con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

Veneremos en piadoso silencio los misterios de la gracia y de la redencion, la profundidad inaccesible de la naturaleza divina, esas nociones sublimes, que reveló al hombre, en cuyo espíritu se habían oscurecido. Si la historia no puede separar la humanidad de la divinidad de Cristo, los preceptos de los dogmas, el poder de la verdad, del triunfo, de la gracia, debe limitar-

se á considerar el efecto que debía de producir esta doctrina en el orden general de la humanidad en su marcha lenta, si bien segura.

¡La humanidad, palabra antes desconocida para los filósofos y legisladores, resonó entonces por la vez primera! Los más esclarecidos de ellos nunca extendieron sus miras más allá de su nacion propia: cuando hé aquí que cerca de un galo de Galilea se establece una sociedad que enlaza las ramas separadas de la gran familia humana, reúne los pensamientos de todos los siglos en un vínculo de fé, de esperanza, de amor, cuyo nudo está en el cielo.

¿Era la doctrina de Jesucristo un nuevo progreso de la ciencia antigua? ¿No era más que un perfeccionamiento de la ciencia hebraica? ¿Se encadenaba por ventura con las de Sócrates, Aristóteles y Platon? Parece que lo niega toda la historia. Había conservado la India en un residuo de las antiguas tradiciones la noción de una primera caída, con que había sido mancillado todo el género humano, y de que podía redimirse el hombre, ya por sus obras, ya por la fuerza de la meditacion, desprendiéndose de la materia. Pero aquella primera culpa había mancillado á los hombres de un modo distinto, y desde entonces permanecían diferentes entre sí las castas, á consecuencia de una inextinguible diversidad de origen.

Partiendo tambien la sabiduría de Egipto del dogma de una caída, fuente de todas las antiguas creencias, suponía que los hombres eran ángeles condenados á expiar un pecado cometido en el cielo, pasando por diversos grados de infortunio, segun la gravedad de la culpa con que se habían mancillado allá arriba, y no debiendo salir nunca, vivos ni muertos, de la casta á que pertenecía cada uno de ellos. Distinguían los pelasgos á los hombres nacidos de los dioses, dotados de almas inmortales, de los otros seres humanos que, desprovistos de ellas, podían ser poseidos por los primeros como cosas.

Tales son las tres fuentes de donde emanaron las ideas que, confundidas y hermoceadas por los griegos, adquirieron la dignidad y la forma de ciencia, gracias á las meditaciones y á la habilidad de sus grandes filósofos. Pero entre éstos, entre los legisladores, ¿cuál es el que no admite la preeminencia de algunos hombres sobre otros? Vanamente lo buscareis;

donde quiera se os presentará una distincion inhumana entre la raza que manda y la que debe prestar obediencia. Lejos de haber un solo hombre de Estado que al aspirar á establecer la ventura de su pueblo, tenga en vista la ventura de los demas, todos tienen por máxima ¡Desgraciados los vencidos! todos ven en el género humano enemigos con qué lidiar y á quienes hacer esclavos; y si la república saca ventaja, toda iniquidad tiene su justificacion. Roma que formuló este cruel derecho en el terrible adagio, *Homo homini ignoto est lupus*, llegó de este modo á grandeza tanta, que pudo forzar al mundo á obedecerla y á venerar á Tiberio y á Calígula sobre el trono y en los altares.

Entre las escuelas no hay una que se eleve hasta encontrar el origen comun del hombre; todas admiten las consecuencias que tienen en práctica en su sociedad, sin scmeter á exámen los principios de donde se derivan; aun aquellas que conocen la necesidad de apoyar la justicia en alguna cosa superior á las sociedades humanas y que las haya precedido, ni aun siquiera sospechan que estas reglas eternas son extensivas á toda la especie humana. Aristóteles funda su república en la propiedad y en la raza, las cuales abarcan mujeres, niños, esclavos y los demas bienes. Hasta el mismo Platon, descuidando al mayor número, confía el gobierno de su república á una casta de guerreros. En su teoría quiere que esta casta se reclute y se fortifique con la promiscuidad, y extingue tambien para la raza privilegiada el matrimonio y la familia, declarando que todos los hijos deben considerarse comunes.

Séneca habló antes que nadie de un derecho de la humanidad, si bien parecía haber resonado en su oído la revelacion nueva; por otra parte se querella de ver á Claudio hacer extensivo á los galos y á los bretones el derecho de ciudadanía romana; teme verle conferido un día á todos los hombres.

Hay más, los mismos hebreos, á quienes ordenaba la ley amar á los extranjeros, hallaban excepciones en ella respecto de sus personas, ora cuando permitía la usura, ora cuando les prohibía los matrimonios y los enlaces con ellos. No obstante, sus profetas habían anunciado aquella fraternidad universal en las doctrinas de la verdad, cuando se expresaban de